

## TORRÓ DE LLEDÓ.



Allá por el mes de abril, cuando a las ocho de la tarde, las ventanas y balcones se llenaban de aplausos, se oía por todas partes:

*Las cosas ya no serán nunca igual.*

Incluso cuando en junio la famosa curva parecía dominada y el optimismo ascendía como el tamaño del calor, se repetía la cantinela:

*- La vida será totalmente distinta a partir de ahora.*

Al ver como en otoño la línea de contagiados seguía un sentido contrario a las hojas de los árboles, el abuelo, con la creencia de que con los años se alcanza la sabiduría, sentenciaba con seguridad:

*- Estas navidades serán diferentes.*

Recordó que, en su niñez, el Almez (*lledoner*), era un árbol solitario de barranco, su fruto, *la almeza* (lledó) – verde, amarillo, marrón, casi negro – lo usaban los niños, después de saborear su escasa pulpa, para disparar sus huesos con un canuto contra los pescuezos de sus compañeros de travesuras, con enorme puntería.

Con la decisión clara de que había que darle a aquella navidad un toque de distinción, acorde con los momentos de incertidumbre que se vivían, se pasaron sin descanso dos semanas de noviembre recogiendo almezas de los árboles que pueblan el jardín de la calle Cañaret y veinte días de diciembre, ocupados en pelar, extraer su molla, picarla en el mortero y elaborar aquella delicada pasta, con paciencia benedictina.

Después del puchero con pelotas, a la hora del café, la abuela sacó la tableta y la colocó en el centro de la mesa. Con parsimonia, la partió en trozos pequeños ante la mirada de sorpresa de todos los comensales. Fueron cogiendo con las manos, se las ponían en la boca con extrañeza, y con un gesto de

agrado, continuaron saboreando aquel dulce tan original, hasta dejar como una patena, el envoltorio de plata.

En ese momento, el abuelo, rememorando sus escauceos literarios en verso, en algunas cartas de amor a la abuela, en su largo noviazgo, les propuso cantar un villancico cuya música conocían todos:

**Villancico:**

*“En el portal de Belén hay estrellas, Sol y Luna*

*Y aquí todos esperamos, a que llegue la vacuna.*

*Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande*

*Y que sea buena”*

Satisfechos, la abuela y el abuelo se dispusieron a repartir las estrenas y recibir el beso cariñoso (sin mascarilla), de toda la familia. El amplio comedor se convirtió en un escenario de risas, como siempre.



**Joaquín Miralles**

*(PROFESOR DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA).*